
CUESTIONES TUSCULANAS.

LIBRO PRIMERO

Del desprecio de la muerte.

Apenas me encontré, si no totalmente, á lo menos en gran parte, desembarazado de los trabajos forenses y de los oficios senatoriales, me dediqué (móvido principalmente por exhortaciones tuyas, oh Bruto) á aquellos estudios que siempre amé, pero que había tenido que suspender por largo intervalo. Y como el fundamentó de todas las artes que se encaminan al perfecto modo de vivir consiste en el estudio de la filosofía, ésta es la que me propuse ilustrar en lengua latina. No porque la filosofía no pudiera aprenderse por medio de las letras y preceptores griegos, sino porque fué siempre opinión mía que los nuestros, ó lo habían inventado todo por sí más sabiamente que los Griegos, ó en las artes que recibieron de ellos habían mejorado cuanto creyeron digno de sus trabajos. En cuanto á las costumbres y hábitos de la vida y á los negocios domésticos y familiares, es cierto que nosotros los administramos y conservamos mejor que ellos; y por lo que hace á la República, es evidente que nuestros mayores la gobernaron con mejores instituciones y leyes que las suyas. Y para

cosa gloriosa el pintar, no hubiesen florecido entre nosotros muchos Polycletos y Parrhasios? El honor alimenta las artes, y con él se encienden todos en ansia de gloria; y, por el contrario, decaen todos los estudios que son desestimados. Los Griegos hacían consistir gran parte de su cultura en el canto y en la música. Por eso se dice que Epaminondas, que fué, á mi juicio, el hombre más ilustre de Grecia, tocaba admirablemente la flauta. Y algunos años antes, Temístocles pasó por rudo é indocto porque en un convite rehusó tocar la lira. En Grecia, pues, florecía la música, y todos la aprendían, y no pasaba por varón ilustrado quien la ignorase. También estaba en sumo honor entre los Griegos la geometría, y nadie había más ilustre que los matemáticos. Pero nosotros hemos reducido estas ciencias al arte de medir y al arte de calcular.

Por el contrario, oradores los tuvimos pronto, y aunque al principio no eran eruditos, tenían facilidad para hablar; con el tiempo no les faltó tampoco erudición. Sabemos que Galba, Scipión el Africano y Lelio fueron doctos; sabemos que fué muy estudioso Catón, que era más viejo que ellos, y en tiempos posteriores Lépido, Carbón, los Gracos, y después otros varones ilustres, hasta nuestra edad, en términos que nada ó muy poco nos dejaron que envidiar á los Griegos. Pero la filosofía yació abandonada hasta nuestra edad, sin recibir luz alguna de las letras latinas. Por eso yo me he propuesto elevarla y despertarla, para que si en la vida pública fuimos de algún provecho á nuestros conciudadanos, les seamos también útiles en el ocio. Y en esto hemos de trabajar tanto más, cuanto que se dice que existen ya muchos libros latinos compuestos por varones excelentes, pero no muy eruditos. Bien puede suceder que pensando bien no se acierte á expresar con elegancia y cultura lo que se piensa. Pero el entregar cualquiera á la escritura sus pensamientos, sin saber disponerlos ni ilustrarlos, ni atraer con ningún

género de deleite á los lectores, es propio de hombres que abusan destempladamente de la ociosidad y de las letras. Así es que tales libros sólo los leen los autores entre sus amigos, y nadie se atreve á hojearlos, fuera de aquellos que quieren que se les permita igual licencia en el escribir. Por lo cual, si nuestra elocuencia ha traído alguna utilidad á la oratoria, con tanto ó mayor estudio abriremos y mostraremos la fuente de la filosofía, de donde toda aquella doctrina civil emanaba.

Pero así como Aristóteles, varón de sumo ingenio, ciencia y abundancia en el decir, movido por la fama del orador Isócrates, empezó á exhortar á los jóvenes á que uniesen la filosofía con la elocuencia, así yo no quiero abandonar aquel antiguo amor mío á la palabra, al mismo tiempo que me ejercito en esta ciencia mayor y más compleja. Siempre estimé que el perfecto filósofo era el que podía tratar con abundancia y ornato las más altas cuestiones. Y con tanto ahinco me he ejercitado en esto, que he llegado á tener escuela al modo de los Griegos, y así lo intenté en el Tusculano, después de tu partida, estando allí muchos amigos míos. Pues así como he solido declamar en las causas, lo cual nadie hacía antes que yo, así me ocupo ahora en esta especie de declamación senil. Acostumbraba, pues, poner alguna cuestión y disputar sobre ella, sentado ó andando.

Las controversias, ó escuelas como los Griegos dicen, las reduje á otros tantos libros. Sucede también que, después de haber expuesto alguien su parecer, yo defiendo el parecer contrario. Este es, como sabes, el antiguo método socrático, de disputar contra la opinión de otro. Sócrates creía que este era el modo más fácil y breve de encontrar lo verosímil. Pero para que se entienda mejor nuestra disputa, la expondré en acción y no en narración. Comenzaremos por el exordio.

OYENTE.—Me parece que la muerte es un mal.

MARCO.—¿Un mal para los muertos, ó para los que han de morir?

OYENTE.—Para unos y otros.

MARCO.—Será una desdicha, puesto que es un mal.

OYENTE.—Ciertamente.

MARCO.—Por tanto, los que han muerto ya y los que han de morir son desdichados.

OYENTE.—Así lo creo.

MARCO.—¿Ninguno, pues, deja de ser desdichado?

OYENTE.—Ninguno, en verdad.

MARCO.—Si quieres ser consecuente, tendrás que decir que todos los nacidos no sólo son desdichados, sino que han de serlo siempre. Si sólo llamaras desdichados á los que han de morir, no exceptuarías á ninguno de los vivos, puesto que todos han de morir, y el fin de su miseria sólo se encontraría en la muerte. Pero siendo también infelices los muertos, es claro que nacemos condenados á miseria sempiterna. Necesario es, pues, que sean infelices todos los que han muerto durante cien mil años, ó más bien todos los que han nacido.

OYENTE.—Así lo creo.

MARCO.—Dime, ¿caso te llenan de terror esas fábulas que se cuentan del Cerbero de tres cabezas que está á las puertas del infierno, del estruendo del Cocito, de la travesía del Aqueronte, de Tántalo sediento y sin poder acercar el agua á la boca? ¿Por ventura te causa espanto aquel peñasco que Sísifo está empujando siempre con sudor y sin arribar á la cumbre? ¿Temes quizá á los inexorables jueces Minos y Radamanto, contra los cuales no te podrá defender ni Lucio Craso, ni Marco Antonio, ni el mismo Demóstenes, sino que tendrás tú mismo que defenderte en un foro amplísimo? Sin duda temes todas estas cosas, y por eso has dicho que la muerte es un mal eterno.

OYENTE.—¿Tan delirante me juzgas, que crea yo todas esas fábulas?

MARCO.—¿No las crees?

OYENTE.—No, absolutamente.

MARCO.—Haces mal en decirlo.

OYENTE.—Y ¿por qué?

MARCO.—Porque podría yo mostrar elocuencia combatiendo esas fábulas.

OYENTE.—Y ¿quién no ha de ser elocuente en tal asunto, ó qué necesidad hay de demostrar que son falsas las invenciones de los poetas y de los pintores?

MARCO.—Llenos están los libros de los filósofos de disertaciones contra esas fábulas.

OYENTE.—Necedad grande me parece impugnarlas. ¿Pues quién es tan insensato que se deje persuadir semejantes cuentos?

MARCO.—Si en los infiernos no hay desdichas, no habrá nadie en los infiernos.

OYENTE.—Así lo creo.

MARCO.—¿Dónde están, pues, los que llamas infelices, ó qué lugar habitan, porque, si existen, en alguna parte han de estar?

OYENTE.—Yo creo que no están en ninguna parte.

MARCO.—Por consiguiente no existirán.

OYENTE.—Ciertamente que no existen; y sin embargo, son infelices por lo mismo que no existen.

MARCO.—Más quisiera yo que temieses al Cerbero que no que dijese cosas tan inconsideradas.

OYENTE.—Y ¿por qué?

MARCO.—¿Te parece poco absurdo decir á un mismo tiempo que un sér existe y no existe? ¿Dónde está tu agudeza? Al llamarle desdichado, confiesas que existe el mismo cuya existencia niegas.

OYENTE.—No soy tan necio que diga semejante cosa.

MARCO.—¿Qué quieres decir, pues?

OYENTE.—Que es infeliz, por ejemplo, Marco Craso, que perdió toda su fortuna con su muerte; infeliz Cneo Pom-

peyo, que se vió privado de tanta dignidad y tanta gloria como tenía; infelices, finalmente, todos los que carecen de la luz de esta vida.

MARCO.—Siempre vuelves á lo mismo. Pero tú negabas hace un momento que existiesen de ningún modo los que habían muerto. Si no existen, nada pueden ser, y por consiguiente tampoco pueden ser infelices.

OYENTE.—No me explico acaso con bastante claridad. Yo tengo por la felicidad suprema el dejar de existir después de haber existido.

MARCO.—¿Y qué cosa más infeliz que no haber existido nunca? Por consiguiente, los que no han nacido son ya infelices porque no existen, y nosotros mismos, si después de la muerte hemos de ser infelices, desdichados fuimos antes que nacidos. Pero yo no me acuerdo de haber sido infeliz antes de haber nacido. Quisiera que me dijese tú si te acuerdas algo de esto, puesto que tienes mejor memoria.

OYENTE.—Te burlas de mí, como si yo hubiera dicho que eran infelices los que no han nacido. Yo afirmaba que lo eran los muertos, á quien por lo mismo que existieron y no existen ya, los tengo por infelices.

MARCO.—¿No ves que dices cosas contradictorias? ¿Y cuál puede serlo más que el aplicar el calificativo de desdichado á otro cualquiera al que no existe? ¿Acaso cuando sales por la puerta Capena y ves los sepulcros de Calatino, de los Scipiones, de los Servilios, de los Metelos, los tienes por infelices?

OYENTE.—Ya que tanto me apuras, no te diré de aquí en adelante que *son* infelices, sino que me contentaré con llamarlos así, por lo mismo que no existen.

MARCO.—No dirás, pues, infeliz á Marco Craso, sino que dirás: *Marco Craso infeliz*.

OYENTE.—Así es.

MARCO.—Como si no fuese necesario el verbo *ser*, ora

lo pronuncies, ora lo omitas. ¿Acaso no has aprendido la dialéctica? Uno de sus primeros preceptos es que todo axioma envuelve una declaración de verdad ó de falsedad. Cuando dices, pues, *¡infeliz Marco Crasol* ó quieres decir *Marco Craso es infeliz*, para que podamos juzgar si esta proposición es verdadera ó falsa, ó no quieres decir absolutamente nada.

OYENTE.—Bueno: te concedo que no son infelices los que han muerto, ya que me has obligado á confesar que los que no existen no pueden ser ni siquiera infelices. Pero ¿no somos desdichados los que vivimos sabiendo que hemos de morir? ¿Qué alegría puede haber en la vida cuando tenemos que pensar de día y de noche en la muerte?

MARCO.—No comprendes qué mal has quitado de la condición humana.

OYENTE.—¿De qué modo?

MARCO.—Porque si morir fuese una desdicha para los muertos, tendríamos un infinito y sempiterno mal en la vida.

OYENTE.—Ahora ya veo el puerto, y cuando llegemos á él, nada puede infundirnos ya temor.

MARCO.—Páreceme que sigues la sentencia de Epicarmo, hombre agudo y donoso como buen siciliano.

OYENTE.—¿Qué opinión es esa?

MARCO.—Te la diré en latín, si puedo. Porque ya sabes que yo no suelo usar palabras latinas cuando hablo en griego, ni palabras griegas cuando hablo en latín.

OYENTE.—Y haces bien en eso. Pero ¿cuál es esa opinión de Epicarmo?

MARCO.—Dice así: «No quieras morir, pero no estimes en nada la muerte.»

OYENTE.—Ya comprendo lo que dirá en griego. Pero puesto que me has obligado á conceder que los muertos no son infelices, veamos si me pruebas que la muerte misma no es una infelicidad.

MARCO.—No me costará mucho trabajo eso. Pero ahora quiero esclarecer antes otra cuestión más importante.

OYENTE.—¿Y cuál puede serlo más?

MARCO.—La siguiente: Si después de la muerte no hay mal alguno, la muerte misma no es tampoco un mal, puesto que está cercana á un tiempo en que tú mismo concedes que no se da mal alguno. Tendremos, pues, que confesar que no es un mal.

OYENTE.—Quisiera que me lo explicases más, porque esto es más espinoso, y antes me obligarás á confesarlo que á asentir á ello. ¿Cuáles son las cosas de más importancia de que tú hablabas?

MARCO.—Quiero probarte no sólo que la muerte no es un mal, sino que es un bien.

OYENTE.—No te pido esto, pero me alegraré de oirlo. Por mucho que hagas, no probarás que la muerte no sea un mal. Pero no te interrumpiré; prefiero que hables en un razonamiento seguido.

MARCO.—Y qué, si te pregunto alguna cosa, ¿no me responderás?

OYENTE.—Esto sería indicio de soberbia, pero te suplico que no me preguntes más de lo que sea necesario.

MARCO.—Procuraré complacerte y te responderé á lo que me preguntes lo mejor que yo pueda. Pero no hablaré como el oráculo Pitio, ni te diré las cosas como ciertas y evidentes, sino como probables conjeturas que expone un hombre semejante á tantos y tantos otros. No tengo fundamento ni razones para pasar más allá de lo verosímil. La certeza sólo la hallarán aquellos que dicen conocer la esencia de las cosas y que se arrogan el nombre de sabios.

OYENTE.—Di lo que quieras; estoy dispuesto á escucharte.

MARCO.—Lo primero que hemos de considerar es en qué consiste la muerte, la cual á primera vista parece una cosa

tan conocida. Hay algunos que creen que la muerte es la separación del alma y del cuerpo. Otros opinan que no hay separación alguna, sino que mueren juntas el alma y el cuerpo y que el alma se extingue en el cuerpo. De los que creen que el alma se retira, unos opinan que se disipa, otros que permanece largo tiempo, otros que dura siempre. Hay luego gran división sobre el alma misma, sobre su origen y sobre el lugar que ocupa. Unos confunden el alma con el corazón, y de ahí las palabras *excordes*, *vecordes*, *concordes*, etc., y por eso Scipión Nasica, que fué dos veces cónsul, llamaba á Elio Sexto: «*Egregie cordatus homo.*» Empedocles creía que el alma era inseparable de la sangre. Otros han creído que algunas partes del cerebro eran el asiento de las principales facultades del alma. A otros no les parece bien que ni el corazón ni una parte del cerebro sean el alma misma; pero unos colocan en el corazón y otros en el cerebro el asiento propio y lugar del alma. Algunos creen que el alma y el aliento vital son la misma cosa. Zenón estoico confundió el alma con el fuego. Estas opiniones que he dicho del corazón, del cerebro, de la respiración y del fuego, son las vulgares. Hay otras opiniones singulares, profesadas por muchos filósofos antiguos. En tiempos no muy remotos Aristoxeno, músico y filósofo, enseñó que había en la naturaleza y disposición del cuerpo cierto movimiento armónico, como el de los sonidos en el canto y en la música. Casi todo lo que él dijo había sido explicado mucho tiempo antes por Platón. Xenócrates negó que el alma tuviera figura semejante al cuerpo, y la consideró como un verdadero número, cuyo poder era grande en la naturaleza, como ya antes había advertido Pitágoras. Su maestro Platón fingió un alma triple, cuyo principado, es decir, la razón, puso en la cabeza como en su alcázar, y separó de ella otras dos partes: la ira y el apetito, alojando la ira en el pecho y el apetito bajo las entrañas. Dicearco, en aquel razonamiento que

hizo en Corinto y que desarrolló en tres diálogos, introduce en el primer libro á un cierto Pherecrates, anciano de Phtía, á quien supone descendiente de Deucalión, el cual sostiene que el alma no existe y que es un nombre totalmente vacío, lo mismo que el de animal y animado, y que ni en el hombre ni en la bestia hay alma, y que la fuerza, por medio de la cual nos movemos y sentimos, obra con igual energía en todos los cuerpos vivos, y no se separa del cuerpo, como que por sí misma no es nada, ni existe otra cosa que el cuerpo uno y simple, dispuesto de tal modo que vegeta y siente obedeciendo á la fuerza de la naturaleza.

Aristóteles, muy superior á todos los otros, exceptuando á Platón, en ingenio y elocuencia, después de haber señalado aquellos cuatro principios de las cosas naturales tan conocidos de todo el mundo, pone por quinto principio cierto género de naturaleza de la cual procede el alma. El pensar, el prever, el aprender, el enseñar, el inventar algo, y también el acordarse, el amar, el aborrecer, el desear, el temer, el angustiarse, el alegrarse: estas y otras cosas semejantes no las deriva de ninguno de los cuatro principios que primero establece. Añade un quinto principio sin nombre, aunque alguna vez le llama *entelechia*, como si quisiera decir *movimiento continuo y perpetuo*.

Si no me engaño, estas son las principales opiniones acerca del alma. Omitiré las de Demócrito, varón ilustre ciertamente, pero que supuso formada el alma por el concurso de leves y rotundos átomos. No hay cosa alguna que los Epicúreos no expliquen por medio de los átomos. ¿Cuál de estas opiniones es la verdadera? Sólo un Dios podrá decirlo. ¿Cuál es la más verosímil? Puede disputarse mucho. ¿Qué quieres más, que sentenciamos entre ellas ó que volvamos á nuestro propósito?

OYENTE. — Desearía, ciertamente, entrambas cosas si fuese posible; pero me parece difícil que no nos confun-

dames. Lo esencial sería librarnos del miedo de la muerte, si pudiéramos. Pero si no hay otro medio que dilucidar antes esta cuestión del alma, tratémosla ahora si te parece.

MARCO.—Para mí será siempre lo más cómodo lo que tú prefieras. No importa que sea verdadera una ú otra de estas opiniones. La razón probará que la muerte no es un mal, ó, por mejor decir, que es un bien. Si el alma es el corazón, ó la sangre, ó el cerebro, como es cuerpo morirá con el resto del cuerpo; si es espíritu, quizá se disipará; si es fuego, se apagará; si es la armonía de Aristoxeno, se disolverá. ¿Qué dirás de Dicearco, que negaba absolutamente la existencia del alma?

Según todos estos pareceres, nada puede temerse después de la muerte, puesto que juntamente con la vida se pierde el sentido. Y el no sentir no es cosa alguna. Las opiniones de los demás, si acaso las prefieres, nos dan la esperanza de que puede el alma, cuando se separa del cuerpo, subir al cielo, como á domicilio suyo.

OYENTE.—En verdad que las prefiero: en primer lugar, porque así es la verdad, y después porque, aun no siéndolo, quisiera persuadirme de ella.

MARCO.—¿Para qué me necesitas? ¿Puedo yo vencer en elocuencia á Platón? Registra con cuidado su libro sobre el alma, y nada te quedará que desear.

OYENTE.—Ciertamente que le he recorrido muchas veces, pero no sé lo que me pasa: mientras le leo me convengo; pero cuando dejo el libro y empiezo á pensar en mi interior sobre la inmortalidad del alma, todo este asenso se destruye y desaparece.

MARCO.—¿Qué quieres decir con eso? ¿Concedes que el alma dura después de muerta, ó que perece con la misma muerte?

OYENTE.—Lo primero.

MARCO.—Y ¿qué sucederá si el alma persiste?

OYENTE.—Será feliz.

MARCO.—¿Y si perece?

OYENTE.—No será feliz, porque no existirá. Ya me obligaste antes á conceder esto.

MARCO.—¿Qué razón te mueve á considerar la muerte como un mal, puesto que la muerte nos hace felices si el alma persiste, ó no nos hace infelices si carecemos de sentido?

OYENTE.—Expónme, si no te es molesto, en primer lugar si el alma puede vivir después de la muerte: en segundo lugar, y si no consigues esto, porque es difícil, pruébame, á lo menos, que la muerte está exenta de dolor. Yo temo mucho que sea un mal, no el carecer de sentido, sino el haber de carecer.

MARCO.—Ciertamente que para comprobar esta opinión puedo valerme de los mejores autores, lo cual en todos los casos debe y suele influir mucho. Y primeramente, puedo invocar el testimonio de toda la antigüedad, que cuanto más se acercaba á su origen y divina progenie, tanto mejor conocía lo que era verdadero. Y así, la opinión de todos aquellos antiguos, que Ennio llama *Cascos*, era que en la muerte cabe sentido, y que al salir de la vida no desaparece totalmente el hombre. Y esto puede colegirse, entre otras muchas cosas, del derecho pontificio y de las ceremonias de los sepulcros, que no hubiesen sido tan respetados por varones de tan preclaro ingenio, ni hubiesen éstos castigado con tan inexplicable rigor su violación, si hubiesen dudado, ni por un momento, que la muerte era una aniquilación que lo destruye y borra todo, y no más bien una especie de emigración y cambio de vida, el cual sirve para guiar al cielo á los ilustres varones y mujeres, y para retener á los demás en la tierra, sin que desaparezcan del todo. Por eso, según la opinión de los nuestros, Rómulo vive con los dioses en el cielo, según dijo Ennio, siguiendo la fama; y entre los Griegos, que nos comunicaron este culto, y hasta los últimos límites del Océano, Hér-

cules es venerado siempre como presente y como dios. La misma gloria obtuvieron el dios Baco, hijo de Semele, y los dos hermanos Tindáridas, de quienes se dice que no sólo ayudaron en la batalla al pueblo romano, sino que también fueron nuncios de su victoria. Y qué, á Ino, hija de Cadmo, ¿no la llamaron los Griegos *Leucothea*, y los nuestros *Matuta*? Y qué más: todo el cielo ¿no está henchido por el género humano?

Y si quieres escudriñar los escritos de los antiguos, y principalmente de los Griegos, tendrás que confesar que aquellos mismos dioses que se llaman *majorum gentium*, pasaron desde la tierra al cielo. Pregunta por los sepulcros suyos que hay en Grecia; acuérdate de las historias en que has sido iniciado; consulta la tradición universal. Los que todavía no alcanzaban ninguna noticia de la física, que sólo muchos años después empezó á enseñarse, no llegaban á persuadirse sino de aquello que la naturaleza les indicaba; no comprendían las causas y razones de los dioses, y se dejaban guiar principalmente por las visiones nocturnas que les indicaban que aun vivían los que habían pasado de esta vida.

Y es razón muy firme para creer que existen dioses el que no hay ningún pueblo tan salvaje ni tan bárbaro en cuyo entendimiento no haya penetrado esta opinión de los dioses. Muchos tienen de ellos falsas y viciosas ideas, y suele ser vicioso el culto que se les tributa; pero todos confiesan que hay una fuerza y naturaleza divina. Y esta creencia no es nacida de la sociedad de los hombres ó del consentimiento común. No ha sido confirmada por las instituciones ni por las leyes, y eso, que en todo caso vale mucho el consentimiento universal y se debe tener por ley de la naturaleza. ¿Quién es el que no llora la muerte de los suyos, porque los cree privados de las comodidades de esta vida? Quitá esta opinión y quitarás el luto. Nadie se entristece por su calamidad propia; y cuando nos dolemos

y angustiamos, aquella lúgubre lamentación y aquel llanto procede de que creemos que los amigos queridos yacen privados de las comodidades de la vida y que lo sienten. Y este sentimiento nos le inspira la naturaleza, sin ciencia ni doctrina alguna.

Grande argumento es también de la inmortalidad del alma el que la naturaleza nos da tácitamente por el cuidado que todos tienen de las cosas que han de suceder después de su muerte. Los que siembran árboles que sólo en otro siglo han de florecer, como dice Stacio en sus *Synephebos*, ¿cómo habrían de hacerlo si no creyeran que también los siglos futuros les pertenecen? ¿Cómo había de sembrar árboles el diligente labrador que no había de ver de ellos flor ni fruto alguno? ¿Cómo había de sembrar el gran ciudadano leyes ni instituciones en la república? ¿Qué significan la procreación de los hijos, la propagación del nombre, la adopción, los testamentos, los mismos monumentos sepulcrales y los elogios, sino que es natural en nosotros el pensamiento de lo futuro? ¿Dudas acaso que la muestra y el dechado y ejemplo de la naturaleza humana debe tomarse de las naturalezas más excelentes? Y ¿cuál hallarás mejor entre los hombres que la de aquéllos que se creen nacidos para ayudar, defender y conservar á sus semejantes? Hércules entró en el número de los dioses. Nunca hubiera llegado si no se hubiese abierto él mismo el camino mientras vivía entre los hombres. Todo esto es ya antiguo y consagrado por la religión universal.

Y en esta nuestra república, ¿qué es lo que pensaron tantos y tan excelentes varones como se sacrificaron por ella? ¿Imaginaron acaso que su nombre se encerraba en los mismos términos que su vida? Nadie, jamás, sin grande esperanza de la inmortalidad, se ofrecería á la muerte por su patria. ¿Pudo estar ocioso Temístocles, pudo Epaminondas, pude yo mismo, para no ir á buscar ejemplos antiguos y extraños? Pero no sé de qué suerte vive siempre en

el alma una especie de agüero ó presagio de los siglos futuros; y esta sed de inmortalidad existe y aparece más en los grandes ingenios y en las almas elevadas. Y si quitas esto, ¿quién ha de ser tan loco que viva siempre en trabajos y peligros?

Hablamos ahora de los grandes ciudadanos; pero ¿qué piensas de los poetas? ¿No crees tú que después de la muerte desean ennoblecerse? ¿Qué es lo que inspiró aquel epitafio?

Mirad la imagen del antiguo Ennio,
Que los hechos cantó de vuestros padres.

Pedia premio de gloria á aquellos cuyos padres había celebrado. Y el mismo Ennio añade:

Nadie riegue con llanto mi sepulcro,
Que vivo siempre en boca de los hombres.

Pero ¿para qué hablar de los poetas? También los artifices quieren ennoblecerse después de la muerte. ¿Por qué puso Fidias su imagen en el escudo de Minerva, donde no era lícito escribir? ¿Y qué hacen nuestros filósofos? ¿Por ventura no escriben su nombre en esos mismos libros que componen sobre el desprecio de la gloria?

Por tanto, si el consentimiento universal es voz de la naturaleza y todos los hombres que en cualquiera parte existen convienen que hay algo que puede importar á los que ya han salido de esta vida, claro es que nosotros debemos creer lo mismo.

Y si juzgamos que aquellos hombres que se aventajan en ingenio ó en valor, como que son de condición más excelente, conocen mejor las fuerzas de la naturaleza, verosímil es que siendo los mejores los que más atienden al cuidado de la posteridad, debe haber algo que ellos puedan sentir después de la muerte. Y así como naturalmente opinamos que existen los dioses y conocemos por razón cuáles

sean, así afirmamos, por el consentimiento universal de todas las naciones, que el alma subsiste, aunque sólo la razón puede decirnos en qué morada habita ó cuál es su paradero después de la muerte. La ignorancia de esto produjo la invención de los infiernos, y aquellos terrores que tú pareces despreciar, no sin causa. Creían los antiguos que cuando el cuerpo caía en la tierra y era cubierto por ella é inhumado, pasaba bajo tierra el resto de la vida de los muertos. De esta opinión nacieron grandes errores, que luego acrecentaron los poetas. Siempre hace grande efecto en el teatro, en cuyo auditorio abundan las mujeres y los niños, aquellos tan resonantes versos:

Vengo del Aqueronte, por camino
Aspero y duro, por horrendas grutas,
De peñas escarpadas y pendientes,
Do oculta densa noche los infiernos.

Y tanto prevaleció este error que ya me parece desterrado, que sabiendo que los cuerpos se quemaban, fingieron, sin embargo, que ocupaban lugar en el infierno, lo cual no puede entenderse si suprimimos el cuerpo. No podían comprender que el alma viviera por sí misma; buscaban siempre alguna forma ó figura. De aquí nacieron las evocaciones fúnebres que Homero llama *νεκρῶν*, aquella ciencia nigromántica que mi amigo Apio ejercitaba, la fama que en estas cercanías alcanzó el lago Averno,

Donde en las puertas de Aqueronte abiertas,
Andan las almas en oscura sombra,
Con falsa sangre y engañosa imagen

Y suponen que estas imágenes hablan, lo cual es imposible sin lengua, sin paladar y sin fuerza y figura de las fauces y de los pulmones.

Los primeros hombres no podían entender cosa alguna espiritual: todo lo referían á los ojos. Indicio es de grande entendimiento apartar la mente de los sentidos y el pen-

samiento de la costumbre. Creo ciertamente que en tantos siglos, otros muchos disputarían sobre el alma; pero de lo que yo he leído resulta que Pherecides Sirio fué el primero que dijo que las almas de los hombres eran sempiternas; porque floreció reinando mi antepasado Numa.

Acreditó esta opinión entre sus discípulos Pitágoras, el cual vino á Italia reinando Tarquino el Soberbio, y administró la magna Grecia, con grande honor, autoridad y disciplina, floreciendo luego por muchos siglos el nombre de los pitagóricos, de tal modo, que ninguno parecía más docto que ellos.

Pero vuelvo á los antiguos. No solían dar razón alguna de su opinión, sino que la explicaban por medio de números ó figuras. Cuentan que Platón vino á Italia para conocer á los pitagóricos, y que en ella trató, entre otros muchos, á Architas y á Timeo, y que aprendió todos los dogmas de Pitágoras, y que no sólo creyó lo mismo que él acerca de la inmortalidad del alma, sino que fué el primero en dar la razón, la cual omitiremos, si no se te ocurre algo más, y dejaremos toda esta esperanza de la inmortalidad.

OYENTE.—¡Y ahora me abandonas, después de haberme dado tan grandes esperanzas! Prefiero equivocarme con Platón, á quien yo sé cuánto estimas y á quien por causa tuya admiro tanto, más bien que seguir lo verdadero con todos esos que me has nombrado.

MARCO.—Ten valor. También yo me resignaría á equivocarme con Platón. Aunque en esto creo que no me equivoco, porque los matemáticos nos persuaden que situada la tierra en medio del mundo, es como el punto céntrico de todo el cielo, y que es tal la naturaleza de los cuatro elementos engendradores de todos los cuerpos, que lo terreno y lo humano por su propio peso se dirige en ángulo recto á la tierra y al mar; las otras dos partes son: la primera ígnea, y la otra animal; y así como aquellos dos elementos superiores se inclinaban por su gravedad y por su

peso al centro del mundo, así estos otros dos ascienden por línea recta al cielo, ora sea que por su naturaleza apetecen lo superior, ora que una fuerza natural repela lo grave de lo leve. Siendo esto averiguado, se deduce que el alma, cuando sale del cuerpo, ora sea un espíritu animal, ora respirable, ora ígneo, tiende hacia lo alto. Y si el alma es un número (opinión más sutil que clara), ó bien aquella quinta naturaleza de tan pocos entendida, y que no tiene nombre, tanto mayor será su integridad y pureza, y tanto más se alejará de la tierra. El alma es, pues, alguna de estas cosas, porque un entendimiento tan enérgico no puede yacer sumergido en el corazón, en el cerebro ó en la sangre, como pretendía Empedocles.

Omitamos la opinión de Dicearco y de su condiscípulo Aristoxeno, hombres doctos, sin duda, de los cuales el uno ni siquiera parece haberse lamentado de no tener alma, según su opinión, y el otro de tal manera se deleita con su canto, que quiere referirlo todo á la música. Podemos conocer la armonía por el intervalo de los sonidos, cuya varia composición produce un efecto armónico; pero no sé cómo la posición de los miembros y la figura del cuerpo inanimado puede producir ningún género de armonía. Pero Aristoxeno, aunque sea erudito, como lo es, tiene que conceder la palma en esta materia de la filosofía á su maestro Aristóteles. En cuanto á él, debe limitarse á enseñar la música. Bien dice el proverbio de los Griegos: «Ejercitese cada cual en aquellá arte que conoce.»

Lo que debemos rechazar totalmente es el concurso fortuito de los átomos leves y redondos que Demócrito, sin embargo, supuso dotados de calor y de respiración, y por consiguiente, animados. Este espíritu animado, que ha de pertenecer á alguno de los cuatro elementos de quienes todas las cosas proceden, es necesario que comprenda todas las cosas superiores, como le pareció á Panecio. Ni el fuego ni el aire tienen inclinación alguna hacia lo inferior,

y al contrario, tienden siempre hacia arriba. Por eso, si se disipan, pasa esto lejos de la tierra, y si permanecen y conservan su modo de ser, es necesario que se dirijan al cielo y que rompan y dividan esta atmósfera gruesa y pesada próxima á la tierra. Es mucho más cálida y más ardiente el alma que este aire que he llamado craso y espeso. Y así puede entenderse cómo nuestro cuerpo, formado de elementos terrenos, se calienta con el ardor del alma. Para que el alma más fácilmente traspase y rompa este aire que llamo craso, hemos de tener en cuenta que nada es más veloz que el alma y que no hay rapidez alguna que pueda compararse con la suya. Y si el alma permanece incorrupta é idéntica á sí misma, es necesario que penetre y divida todo este cielo en que se congregan las nubes, las lluvias y los vientos, el cual es húmedo y caliginoso por las exhalaciones de la tierra. Y cuando el alma ha traspasado esta región y ha alcanzado y conocido una naturaleza semejante á la suya, júntase con un espíritu tenue y templado por el ardor del sol, domina el fuego y cumple su fin, elevándose todavía más. Cuando ha alcanzado una ligereza y un calor semejante al suyo, se encuentra como en balanza y no se mueve ni á una parte ni á otra. Entonces es su natural asiento cuando penetra en una atmósfera semejante á la suya, en la cual, no careciendo de cosa alguna, se alimentará y se sustentará con los mismos elementos con que se nutren y sustentan las almas.

Y así como el ardor del cuerpo suele inflamarnos para todo género de apetitos y nos mueve á emulación contra los que poseen las cosas que nosotros deseamos, así nuestra felicidad será completa cuando, abandonando el cuerpo, nos veamos libres de estos apetitos y deseos, y lo que ahora alguna vez hacemos cuando estamos libres de cuidados, es decir, el dedicarnos á la contemplación, entonces lo podremos hacer mucho más libremente, y pondremos todo nuestro empeño en examinar y penetrar de

cerca todas las cosas, ya que por naturaleza hay en nuestros entendimientos un insaciable amor á la verdad; y los mismos lugares á donde llegaremos, al darnos más fácil el conocimiento de las cosas celestiales, tanta mayor codicia nos infundirán de conocerlas. Esta misma hermosura hizo nacer en la tierra aquella filosofía patria y antigua de que habla Teofrasto, encendida por el amor del conocimiento. Y principalmente gozaron de ella los que, aun cuando habitaban esta tierra, cercados como estaban de opacas nieblas, sin embargo deseaban por alteza de entendimiento abandonar y despreciar lo terreno.

Por lo cual, si ahora juzgan haber conseguido algo los que vieron las bocas del Ponto y aquellos estrechos por donde penetró la nave que llamaron *Argos*, porque embarcados en ella los varones escogidos de Argos, buscaron la dorada piel del Vellochino; ó los que han visto aquel estrecho del Océano, donde la onda rapaz divide á Europa de la Libia, ¿qué espectáculo será el nuestro cuando podamos contemplar toda la tierra y su situación, forma y límites, y las regiones habitables y las que carecen de toda cultura, por exceso del calor ó del frío?

Nosotros ahora ni siquiera vemos con los ojos lo que tenemos delante de ellos. Porque el cuerpo mismo no tiene sentido, y como nos enseñan no sólo los físicos, sino también los médicos, que ven todos los órganos manifiestos y patentes, hay ciertos caminos que, perforados desde el cerebro ó asiento del alma, van á dar á los ojos, á los oídos, á las narices. Por eso cuando el pensamiento ó alguna enfermedad nos lo impiden, aunque tengamos abiertos é íntegros los ojos y los oídos, ni vemos ni oímos; por donde fácilmente puede entenderse que es el alma la que ve y la que oye, y no aquellos órganos que son como las ventanas del alma, por las cuales, sin embargo, nada puede llegar al entendimiento, si el entendimiento mismo no asiste á su obra.

Y ¿no vemos que con el mismo entendimiento comprendemos cosas tan desemejantes como el color, el sabor, el calor, el olor, el sonido, que el alma no podría conocer por intermedio de los cinco sentidos, si todo ello no se refiriese á la conciencia, que es el único juez de todas las sensaciones? Y estas cosas se verán más puras y claras cuando, libre el alma, llegue á donde la naturaleza la guía. Pues ahora, aunque la naturaleza haya fabricado con sutilísimo artificio aquellas ventanas del cuerpo hacia el alma, sin embargo están en cierto modo interceptadas por cuerpos terrenos y espesos. Pero cuando nada quede sino el alma, no habrá ningún objeto que la impida percibir las cosas tales como son en sí.

Si el asunto lo reclamase, fácil nos sería declarar copiosamente cuántos, cuán varios y cuáles espectáculos ha de disfrutar el alma en las regiones celestiales. Pensando en esto, suelo admirarme mucho de la jactancia de algunos filósofos que tanto se extasían con el conocimiento de la naturaleza, y á su inventor y príncipe le veneran tanto, que llegan á considerarle como dios, puesto que se dicen libertados por él de dos pesadísimos tiranos: un terror sempiterno, y un miedo continuo de noche y de día. ¿De qué terror y de qué miedo? ¿Qué vieja hay tan delirante que tema estas cosas que vosotros mismos temeríais si no hubieseis aprendido física: los templos del Aqueronte, las profundidades del Orco, la pálida muerte y las mansiones caliginosas y cercadas de eterna niebla? ¿No es vergüenza para un filósofo gloriarse de que no teme estas cosas y de que ha conocido que son falsas? De donde puede inferirse cuán sagaces son por naturaleza los que creen estas cosas sin doctrina. No pienso que sea gran descubrimiento el haber aprendido que cuando el tiempo de la muerte llega, el hombre ha de perecer totalmente.

Y aun cuando esto sea verdad, lo cual no afirmo ni tampoco niego, ¿qué hay en ello de alegre ni de glorioso? Así

que yo no veo razón alguna que pruebe ser falsa la sentencia de Pitágoras y de Platón. Y aunque Platón no alegara razón alguna, su misma autoridad, que yo respeto tanto, me haría mucha fuerza. Pero tantas razones da, que me parece que desea persuadir á los demás de aquello de que él no se había persuadido con certeza.

Muchos lo combaten, é imponen al alma pena capital; y no tienen otra razón para que les parezca increíble la eternidad del alma, sino la de no poder explicar cómo el alma, privada del cuerpo, puede entender y pensar. Como si supieran lo que es el mismo cuerpo, y cuál es su forma, su magnitud y el lugar que ocupa; como si pudieran en un hombre verse todos los órganos que ahora están ocultos, ó como si fuese tal su delicadeza que escapase del análisis.

En buen hora crean esto los que niegan que el alma, sin el cuerpo, pueda conocerse á sí misma. Ellos verán cómo la conciben obrando dentro del mismo cuerpo. A mí, cuando considero la naturaleza del alma, mucho más difícil y mucho más oscura me parece la consideración de cómo el alma puede existir en el cuerpo, mansión tan ajena de ella, que el pensar cómo ha de existir cuando salga del cuerpo y vuela al libre cielo como á su propia casa. Si no podemos entender cómo es lo que nunca vimos, ciertamente que no podremos abrazar con el pensamiento al mismo Dios y al alma divina libertada del cuerpo. Dicearco y Aristoxeno, por serles difícil de entender la esencia ó la cualidad del alma, declararon que absolutamente no existía.

Gran cosa es, sin duda, contemplar el alma con el alma misma; y esta fuerza tiene el precepto de Apolo, que nos exhorta á que cada cual se conozca á sí mismo. No nos manda, según creo, que conozcamos nuestros miembros, estatura ó figura, ni nosotros somos cuerpos; y cuando yo te hablo á tí, no hablo á tu cuerpo. Cuando se nos dice, pues,

conócete á tí mismo, lo que se quiere decir es: conoce á tu alma. Porque el cuerpo es como un vaso ó receptáculo del alma. Lo que tu alma hace, aquello haces tú. Este conocimiento si no fuese divino no sería precepto de altísima sabiduría, de tal manera que pudiera atribuirse á un dios.

Gran cosa es conocerse á sí mismo. Pero si el alma misma ignora lo que el alma es, dime, te lo ruego: ¿ni siquiera sabrá que existe, ni siquiera sabrá que se mueve? De aquí nació aquella razón platónica que Sócrates explica en el *Fedro*, y que yo he puesto en el libro vi *De República*:

«Lo que siempre se mueve es eterno. Lo que imprime movimiento á otra cosa y lo que se mueve por sí mismo cuando este movimiento acaba, es necesario que tenga un fin de vida. Por consiguiente, sólo lo que se mueve á sí mismo, como nunca está abandonado por sí mismo, nunca deja tampoco de moverse, y es fuente y principio de movimiento para todas las demás cosas que se mueven. El principio no tiene origen alguno, porque del principio nace todo; pero él mismo no puede nacer de otra cosa, porque no sería principio si se engendrarse de otra parte. Si no nace nunca, tampoco puede morir jamás. Extinguido el principio, no puede renacer de otro, ni crear de sí propio otro principio, siendo así que es necesario que del principio nazca todo. De aquí se infiere que es principio del movimiento porque se mueve á sí mismo. No puede nacer ni morir, ó será necesario que todo el cielo se pare ó que se detenga el curso de la naturaleza, sin que obtenga fuerza alguna para moverse como antes. Siendo evidente que es eterno lo que se mueve á sí mismo, ¿quién habrá que deje de conceder esta naturaleza á las almas? Inanimado es todo lo que se agita por impulso exterior. Lo que es animal se mueve por movimiento interior y propio suyo, porque esta es la fuerza y naturaleza propia del alma. Y si hay uno entre todos los seres que se mueva siempre á sí

mismo, no hay que dudar que jamás ha nacido y que es eterno.»

Aunque se nos opongan todos los filósofos plebeyos (llamo así y así debe ser llamado el que se separa de Platón, de Sócrates y de su escuela), nunca podrán explicar con tanta elocuencia la razón ni entender siquiera la sutileza de esta conclusión. Siente el alma que se mueve, y cuando lo siente, siente al mismo tiempo que se mueve por fuerza propia y no ajena, y no puede suceder que el alma se abandone á sí misma. De aquí nace la eternidad, si esta conclusión no te parece violenta.

OYENTE.—A mí, en verdad, no se me ocurre cosa ninguna en contra, y así, me inclino de toda voluntad á tu razón.

MARCO.—¿Y á qué viene eso? ¿Crees tú que son de menos fuerza las opiniones que declaran que hay en el alma del hombre una inteligencia divina? Y si yo pudiese ver cómo nace, podría declarar también cómo muere. Me parece que puedo decir cómo se han formado la sangre, la bilis, la pituita, los huesos, los nervios, las venas y toda la disposición y figura de los miembros y de todo el cuerpo. En cuanto al alma misma, si ninguna otra cualidad tuviese sino el que vivimos por ella, creería yo que tan posible era á la naturaleza sustentar la vida del hombre como la de la vid ó la del árbol, de los cuales también decimos que viven. Y si ninguna otra cualidad tuviese el alma del hombre sino la de apetecer ó rechazar, también ésta le sería común con las bestias. Pero, en primer lugar, el hombre tiene memoria infinita de innumerables cosas; la cual Platón tiene por reminiscencia de una vida anterior. En el diálogo que llama *Menón*, introduce á Sócrates preguntando á un muchacho sobre la dimensión geométrica de un cuadrado. Le responde como niño que es, pero tan fáciles son las interrogaciones, que respondiendo gradualmente llega al mismo resultado que si hubiese aprendido

la geometría. De donde quiere inferir Sócrates que el aprender no es otra cosa sino recordar. Y esto lo explica mucho mejor en aquel razonamiento que tuvo el mismo día que salió de esta vida—pues en él enseña que cualquier hombre que no sea del todo rudo y responda á quien le interroga bien, declarará que no aprende entonces las cosas, sino que las conoce por reminiscencia, y no podría suceder en modo alguno que los niños adquiriesen tantas nociones si el alma, antes de entrar en el cuerpo, no hubiese alcanzado algún conocimiento en otra existencia. Y no siendo el cuerpo nada, como en muchos lugares enseña Platón, puesto que él no considera como verdadero sér al que nace y muere, ni admite otra existencia que la de la *idea ó especie* que permanece siempre idéntica á sí misma, no puede el alma, encerrada en el cuerpo, conocer estas cosas: conocidas las trajo, y así se destierra la admiración de tal conocimiento. Y todo esto no lo ve el alma cuando de repente emigra á un domicilio tan insólito y tan perturbado, sino que lo reconoce y recuerda cuando se recoge dentro de sí. Es aprender, pues, no es cosa distinta del recordar.

Pero yo admiro todavía más la memoria. ¿Qué instinto es este con el cual nos acordamos, ó qué fuerza tiene, ó de dónde ha nacido? No hablo de aquella memoria asombrosa que tuvo Simónides, ó Theodectes, ó aquel Cineas que fué enviado por Pirro de embajador al Senado, ó Carneades, ó Scepsio Metrodoro, que murió hace poco, ó la que tiene ahora nuestro Hortensio; hablo de la memoria común de todos, y principalmente de la de aquellos que se ejercitan en algún estudio y arte, cuya memoria es tan honda que es difícil determinar hasta dónde llega.

¿A donde va á parar este razonamiento? Fácil me parece declarar qué fuerza es esa y de dónde viene. No es ciertamente del corazón, ni de la sangre, ni del cerebro, ni de los átomos. No sé si el alma es aire ó fuego, y no me aver

güenzo como esos filósofos de confesar que lo ignoro. Pero si pudiese afirmar alguna cosa en negocio tan oscuro, juraría que el alma es divina, ya la consideremos como aire, ya como fuego.

Y qué opinas tú, ¿que el poder maravilloso de la memoria ha sido engendrado, ó nacido en la tierra, ó en ese nebuloso y caliginoso cielo? Aunque no conozcas su esencia, ves sus efectos. Y si no puedes juzgar de la cualidad, á lo menos juzgarás de la cantidad. ¿Hemos de creer que hay en nuestra alma una capacidad en la cual se derraman como en un vaso las cosas que son objeto de la memoria? Absurdo me parece esto, porque ¿cómo entiendes ese fondo, ó esa figura del alma, ó esa capacidad? ¿Crees que en el alma se imprime como en cera, y que la memoria guarda las huellas de los casos pasados en la mente? ¿Qué huellas pueden dejar las palabras en las cosas mismas? Y ¿dónde tan inmenso número de objetos ha de dejar tan inmenso número de huellas? Y ¿qué diremos de aquellas facultades que investigan lo oculto y que llamamos invención y *cogitación*? ¿Te parecen de naturaleza terrena, mortal y caduca? ¿Qué te parece del primero que impuso nombres á todas las cosas, lo cual á Pitágoras le parecía el término de la sabiduría, ó del primero que congregó en sociedad á los hombres dispersos, ó del que redujo á pocas letras los sonidos de la voz, que parecían infinitos, ó del que notó el curso y la progresión de las errantes estrellas? Todos estos fueron grandes hombres, y todavía mayores los que inventaron el arte de cultivar los campos, los vestidos, las edificaciones de las casas, la cultura de la vida, la defensa contra las fieras, los que amansaron y civilizaron la especie humana, llevándola desde las artes necesarias hasta las artes más agradables. Entonces se inventó el arte de agradar á los oídos por la naturaleza de los sonidos y su armónica variedad, y el conocimiento de los astros, ya de los que permanecen

fijos, ya de los que llamamos errantes, aunque no lo sean. El que pudo entender sus conversiones y sus movimientos, bien claro probó que su alma era semejante á la de aquel que había fabricado el mismo cielo. Cuando Arquímedes aprisionó en su esfera el movimiento de la Luna, del Sol y de los cinco planetas, hizo lo mismo que aquel dios de Platón en el *Timeo*, al crear el mundo y regir por una misma ley de tardanza y de celeridad movimientos tan desemejantes. Y así como este mundo no hubiera podido hacerse sin intervención de un dios, así Arquímedes no hubiera podido imitar aquel movimiento en la esfera sin su ingenio divino.

Ni aun las cosas más conocidas y sencillas me parecen posibles sin esta fuerza divina; y así, yo no concibo el canto grave y numeroso del poeta, sin algún celeste ardor de su mente, ni entiendo que la elocuencia pueda sin este divino impulso correr abundante en palabras y copiosa en sentencias. La filosofía misma, madre de todas las artes, ¿qué es, según el parecer de Platón, sino un don, ó por mejor decir, una invención de los dioses? Esta nos enseñó primero á venerarlos, y nos educó después en el derecho humano, base del vínculo social, y en la modestia y magnanimidad, y disipó las tinieblas del alma, como las de los ojos, para que conociésemos todo lo creado, lo superior y lo inferior, lo primero, lo último y lo medio.

Ciertamente me parece divina esta fuerza que produce tantos y tan excelentes resultados. ¿Qué es la memoria de las cosas y de las palabras? ¿Qué es la invención? Sin duda es cosa tan excelente, que ni siquiera en Dios la podemos imaginar mayor. Yo creo que los dioses no se alegran ni con la ambrosía, ni con el néctar, ni con la Juventud que les administra la copa. Ni hago caso de Homero el cual refiere que Ganimedes por su extraordinaria hermosura fué arrebatado por los dioses para servir á Jove el néctar. No me parece bastante causa esta para

que se hiciese á Laomedonte tal injuria. Tales eran las ficciones de Homero, trasladando lo humano á lo divino. Más valía que lo divino se trasladase á nosotros. Y ¿qué entendemos por cosas divinas? Vivir, saber, inventar, acordarse. Por consiguiente, el alma es divina, y Eurípides se atreve á llamarla Dios; y si Dios es espíritu, ó fuego, también lo es el alma del hombre. Pues así como la naturaleza celeste carece de tierra y de agua, así también el alma. Pero si hay una quinta naturaleza, introducida por Aristóteles, es común á los dioses y al alma.

Siguiendo nosotros este parecer, hemos dicho lo mismo en nuestra *Consolación*: «No podemos encontrar en la tierra el origen del alma.» Porque nada hay en el alma mixto ni concreto, ni que parezca formado y nacido de la tierra; nada húmedo, estable ó ígneo. Nada hay en la naturaleza que tenga la facultad de la memoria, de la razón, del pensamiento; nada que conserve lo pasado y prevea lo futuro y pueda abrazar lo presente; todo lo cual es obra divina. Nadie encontrará jamás el origen de estas cosas, si no las referimos á un dios.

Es, pues, singular la naturaleza y facultades del alma, muy distintas de esas otras naturalezas conocidas y vulgares. Cualquiera que sea este principio, que siente, que sabe, que quiere, que vive, necesariamente es celestial y divino, y así es preciso que sea eterno. Ni el dios mismo que nosotros entendemos puede ser concebido de otro modo que como un entendimiento separado y libre, segregado de toda concreción mortal, sintiéndolo todo y dotado de un movimiento sempiterno. Esto en general; y de la misma naturaleza es el entendimiento humano. Dónde reside, pues, ó cómo es este entendimiento ¿puedes decirlo tú? Si no tengo para entender todos los instrumentos que yo quisiera, no me será lícito usar de los que tengo. No tiene tanta fuerza el alma que pueda contemplarse á sí misma; pero el alma, lo mismo que los ojos, no

se ve á sí misma y ve otras cosas distintas. Me dirás que no ve su forma, lo cual importa poco. Quizá sea verdad, aunque yo creo que también la ve; pero conoce su fuerza, su sagacidad, su memoria, su movimiento, su rapidez. Grandes, divinas, sempiternas son estas cosas. Qué rostro tiene ó dónde habita, no es punto que debe preocuparnos.

Pero cuando vemos el azul del cielo; la rapidez de su conversión, que es mayor que cuanto nosotros podemos imaginar; la sucesión de los días y de las noches; las cuatro estaciones, tan admirablemente ordenadas para la madurez de los frutos y para la templanza de los cuerpos; el Sol, que es guía y moderador de todos estos movimientos; y la Luna, con el crecimiento y decrecimiento de su luz, como notando y significando la sucesión de los días; y el movimiento arreglado y constante de los cinco planetas del zodiaco, dividido en doce partes, pero teniendo cada cual de los planetas movimientos tan diversos entre sí; y las nocturnas apariencias del cielo, ornado por donde quiera de estrellas; y el globo de la tierra, dominando el mar y fijo en medio del universo, habitable y cultivado en dos zonas, una de las cuales, la que nosotros habitamos, está puesta bajo el eje y dominada por las siete estrellas, de donde el horrible aquilón congela con estruendo sus hielos y sus nieves, y la otra, la región austral, desconocida para nosotros, la que los Griegos llaman anticthona; y las demás partes incultas por el exceso de frío ó de calor, y vemos que en esta tierra donde habitamos jamás deja en su debido tiempo de brillar el cielo, de florecer los árboles, de vegetar la vid, alegre con el peso de los pámpanos, de encorvarse las ramas de los árboles cargadas de fruto, de derramarse abundantemente las nieves, de florecer todas las cosas, de correr las fuentes, de cubrirse de hierba los prados (como dijo Ennio), y vemos luego la multitud de bestias útiles, unas para el alimento, otras para el cultivo de los campos, otras para tirar del carro,

Otras para vestir los cuerpos; y, finalmente, consideramos al hombre mismo contemplador del cielo y de los dioses y venerador de ellos, y tendemos la vista á los campos y á los mares, que obedecen todos á la utilidad del hombre: cuando vemos todas estas y otras innumerables cosas, ¿podemos dudar que preside á ellas algún artífice supremo, hacedor y moderador, ora hayan tenido las cosas principio, como Platón juzgó, ora hayan sido eternas, como opina Aristóteles? Así al entendimiento humano, aunque no lo ves en sí mismo, como no ves á Dios, sin embargo le conoces como Dios; y así, por la memoria de las cosas, por la invención, por la celeridad del movimiento y por la hermosura de la virtud, tienes que reconocer la fuerza divina del entendimiento.

¿En qué lugar reside el alma? Creo que en la cabeza, y puedo dar razones para ello; pero de esto más adelante trataremos. Ahora sólo debo decir que donde quiera que esté el alma, ciertamente está en tí. Y ¿cuál es su naturaleza? La propia y peculiar suya. Aunque la supongas ígnea, aunque la supongas aérea, nada tiene que ver esto con lo que tratamos. Ahora sólo debes considerar que así como conoces á Dios, aunque ignores el lugar que ocupa y su forma, así debes conocer el alma, aunque ignores su forma y su lugar. Y en el conocimiento del alma no podemos dudar, á no ser que seamos totalmente rudos en la física, que nada hay en el alma mezclado, nada concreto, nada compuesto, nada aglomerado, nada doble. Siendo esto así, es evidente que el alma no puede separarse, ni dividirse, ni disgregarse, ni morir por consiguiente. Porque la muerte es como una división y separación de aquellas partes que antes de ella tenían entre sí alguna unión.

Movido por esta y semejantes razones, Sócrates ni buscó abogado para su juicio capital ni suplicó á los jueces, sino que, al contrario, mostró libre contumacia, nacida de magnanimidad y no de soberbia, y en el último día de su vida

disertó largamente sobre estas mismas cosas; y pocos días antes de morir, pudiendo fácilmente haberse escapado de la cárcel, no quiso, y teniendo ya en la mano la copa mortífera, habló de tal manera que no pareció que caminaba hacia la muerte, sino que quería subir al cielo.

Crefa, pues, y enseñó que hay dos caminos para el alma cuando sale del cuerpo. Los que se han contaminado con los vicios humanos y se han entregado de todo punto á la liviandad, encenagándose en los vicios domésticos y en las afrentas, ó los que han cometido fraudes inexpiables contra su república, siguen un camino torcido y que los lleva más lejos del concilio de los dioses. Pero los que se han mantenido íntegros y castos, y los que no han tenido contagio alguno con el cuerpo, y los que se han apartado siempre de ellos y han imitado en los cuerpos humanos la vida de Dioses, tienen fácil la vuelta á aquel punto de donde han procedido. Y así, advierte que todos los buenos y los doctos deben hacer lo mismo que los cisnes, que no sin causa son dedicados á Apolo, ya porque parece que han recibido de él el don de la adivinación, ya porque, previendo el bien que van á recibir con la muerte, mueren entre cantos y alegrías. Y de esto no podría dudar nadie si no nos aconteciese, cuando pensamos con mucho ahinco sobre el alma, lo mismo que suele suceder á los que fijan sus ojos en el sol moribundo, perdiendo á veces totalmente la vista. Así la vista del alma, que se contempla á sí misma, se fatiga á veces, y por esta causa perdemos la diligencia de la contemplación. Y así nuestro razonamiento, dudando, mirando hacia una parte y otra, vacilando, considerando las razones en pro y en contra, fluctúa como una nave en medio del inmenso Océano.

Pero todos estos ejemplos son antiguos y tomados de los Griegos. Catón salió de esta vida de tal modo que se alegraba de haber alcanzado justa causa de morir.

El Dios que domina en nosotros nos prohíbe salir de esta

vida sin voluntad suya. Pero cuando este Dios nos ha dado causa justa, como se la dió entonces á Sócrates, y ahora á Catón, y después á otros muchos, ciertamente que el varón sabio saldrá alegre desde estas tinieblas á la luz. No romperá las cadenas de su cárcel, porque las leyes se lo prohiben; pero saldrá llamado por el Dios, como si algún magistrado ó potestad legitima le llamase. «Toda la vida de los filósofos, dice él mismo, es una preparación para la muerte.»

¿Y qué otra cosa hacemos cuando apartamos nuestra alma del deleite corporal, ó del cuidado de la hacienda, que es ministra del cuerpo, ó de la república, ó de todo negocio y ocupación? ¿Qué hacemos cuando llamamos al alma á sí misma y la obligamos á estar consigo y la apartamos del cuerpo? Separar el alma del cuerpo no es otra cosa que aprender á morir. Acordémosnos, pues, de esto, amigo mío, y separémonos del cuerpo, y acostumbremosnos a la idea de la muerte. Este modo de vivir mientras estamos en la tierra, será semejante á la vida celestial, y cuando hayamos roto estas cadenas, menos se retardará el curso de nuestra alma. Los que han estado mucho tiempo en grillos, hasta cuando los sueltan, caminan con tardío paso. Cuando llegamos á soltarlos del todo, entonces se puede decir que vivimos. Esta misma vida que hoy vivimos es verdadera muerte y digna de lamentarse.

OYENTE.—Bastante la has lamentado en tu *Consolación*. Cuando la leo, nada deseo tanto como abandonar el mundo; y ahora, después de oírte, lo deseo muchísimo más.

MARCO.—Tiempo vendrá, y muy pronto, en que lo desees de veras, ó en que te arrepientas de haberlo deseado. El tiempo vuela. Tan lejos está de ser la muerte un mal, como antes te parecía, que yo temo que no haya ningún otro bien para el hombre, si es cierto que hemos de ser dioses ó hemos de vivir con los dioses.

OYENTE.—Y ¡qué importa! no falta quien ~~de~~ de aprobar estas opiniones.

MARCO.—Pero yo no dejaré este razonamiento sin haberte probado que de ningún modo puede ser la muerte un mal.

OYENTE.—Y ¿cómo puedo creerlo ya después de haberte oído?

MARCO.—¿Cómo puedes! ¿y me lo preguntas? Hay legiones de filósofos que sostienen lo contrario; y no sólo los Epicúreos, á quienes yo no desprecio, pero á quienes no sé por qué razón casi todos los doctos estiman poco, sino que también mi amigo Dicearco disertó vigorosamente contra la inmortalidad, escribiendo tres libros, que llamó los *Lesbiacos*, porque pasa la escena en Mitylene, en los cuales quiere probar que el alma es mortal. Los Estoicos nos conceden el uso de la vida como á las cornejas: afirman que el alma permanecerá largo tiempo, pero niegan que dure siempre.

¿Quieres que te pruebe que, aunque esto sea así, la muerte no debe considerarse como un mal?

OYENTE.—Así me parece; pero nadie puede convencerme de que no es verdadera la inmortalidad.

MARCO.—Te alabo este propósito, aunque no conviene confiar demasiado. Siempre persuade alguna conclusión aguda: vacilamos y mudamos de parecer aun en las cosas más claras, porque aun en ellas cabe oscuridad. Debemos, pues, estar preparados para todo evento.

OYENTE.—Así es; pero yo procuro que tal defensa no sea necesaria.

MARCO.—¿Por qué hemos de abandonar á nuestros amigos los Estoicos, los cuales conceden que el alma vive después de haberse separado del cuerpo, pero que no vive eternamente? Conceden lo más difícil, esto es, que el alma puede vivir separada del cuerpo, y no conceden que sea inmortal, lo cual es mucho más fácil de creer y es consecuencia forzosa de lo que conceden.

OTENTE.—Bien haces en reprenderlos; pero de este modo van las cosas.

MARCO.—¿Creeremos, pues, á Panecio, que disiente de su maestro Platón, á quien en todas partes llama divino, sapientísimo, santísimo, Homero de los filósofos, pero en el cual reprueba sólo su opinión acerca de la inmortalidad del alma? Sostiene lo que nadie niega: que todo sér nacido muere. Es así que el alma nace, como lo declara la semejanza de la procreación, la cual es no sólo de los cuerpos, sino del entendimiento; luego el alma no es inmortal. Otra razón da, es á saber: que no hay dolor alguno que no suponga alguna enfermedad. Es así que todo el que padece alguna enfermedad ha de morir; luego el alma, que tiene dolor, ha de morir forzosamente.

Todo esto puede refutarse. Es una ignorancia, cuando se habla de la eternidad del alma, no entenderla del entendimiento, que está libre de todo movimiento desordenado, sino de aquellas partes que están sujetas á la enfermedad, á la ira y al apetito, las cuales el mismo filósofo contra quien disputamos supone separadas y distintas del alma. Y esta semejanza se ve todavía más en las bestias, que carecen de razón.

La semejanza de los hombres consiste principalmente en su figura corporal, é importa mucho, para conocer el alma misma, saber en qué cuerpo está colocada. Mucho contribuye el cuerpo á aguzar el entendimiento; mucho á entorpecerle. Aristóteles dice que todos los ingeniosos son melancólicos, y así no me descontenta el ser rudo. Después de enumerar muchos ejemplos, quiere dar la razón de este fenómeno. Y si tanta fuerza para el hábito mental tienen las facultades corporales, nada prueba esta semejanza para que creamos que el alma ha nacido.

Dejo aparte muchos ejemplos. Quisiera dirigir una pregunta á Panecio, que vivió con Scipión el Africano. Yo le preguntaría á cuál de los suyos se pareció el nieto de Sci-

pión el Africano: en el rostro á su padre; en la vida á todos los perdidos, de tal modo que podía pasar por el peor de todos ellos. ¿A quién se pareció el sobrino de Publio Craso, hombre sabio y elocuente, ó los hijos y los nietos de muchos otros varones esclarecidos á quienes no es preciso nombrar ahora? Pero ¿á qué hemos de tratar de esto! ¿Nos hemos olvidado de que nuestro propósito era, después de haber disertado bastante sobre la eternidad, probar que aunque el alma perezca, no hay mal alguno en la muerte?

OYENTE.—Yo me acordaba de esto; pero fácilmente consentí que, tratando de la eternidad, te apartases algo de tu propósito.

MARCO.—Veo que tus miras son altas, y que quieres remontarte al cielo.

OYENTE.—Espero que así nos sucederá á todos. Pero supongamos, como éstos quieren, que las almas no persisten después de la muerte. Si esto es así, quedamos privados de la esperanza de mejor vida.

MARCO.—Pero ¿qué mal hay en esta opinión? Supón tú que el alma muere juntamente con el cuerpo. ¿Por ventura cabe después de la muerte algún dolor ó algún sentido en el cuerpo? Nadie se atreve á decirlo, y aunque Epicuro acusa á Demócrito, los discípulos de Demócrito lo niegan. Tampoco en el alma queda sentido alguno, puesto que las almas no existen en ninguna parte. ¿Dónde está, pues, el mal, ya que no hay una tercera sustancia en la cual pueda recaer? Me dirás que la separación misma del alma y del cuerpo no se verifica sin dolor. Aunque yo lo crea así, ¿cuán pequeño será este dolor! Y aun creo que esto sea falso, porque la mayor parte de las veces se verifica sin sentido, y algunas hasta con deleite, y de todas maneras es cosa de poco momento, puesto que dura un instante solo.

OYENTE.—Esto mismo me angustia y atormenta, el dejar todos los bienes de la vida.

MARCO.—Y ¿por qué no dices mejor el apartarte de todos los males? ¿Cuántas razones hay para deplorar la vida humana? Con verdad y justicia puedes hacerlo. Pero ¿qué necesidad hay de hacer más miserable la vida con el pensamiento de que hemos de ser infelices después de la muerte? Lo contrario hicimos en aquel libro en el cual me he consolado á mí mismo cuanto he podido. Si queremos apurar la verdad, es lo cierto que la muerte nos separa de los males, no de los bienes. Esto lo disputaba tan copiosamente el Cirenaico Hegesias, que el rey Ptolomeo le prohibió enseñarlo en las escuelas, porque muchos, en oyéndole, se daban á sí propios la muerte. He leído también cierto epigrama de Calimaco contra Cleombroto de Ambracia, del cual dice que, sin otra razón alguna que haber leído los libros de Platón, se arrojó desde la muralla al mar. Del mismo Hegesias queda un libro llamado *Αποκαρτερων*, en el cual un personaje que quiere morir por hambre, responde á sus amigos que quieren disuadirle, enumerando todos los inconvenientes de la vida humana. Quizá yo podría hacer lo mismo, aunque no extremaría las cosas tanto como él, que absolutamente pretende que á nadie le conviene vivir. Omito á otros. ¿Y por ventura la muerte no nos conviene á nosotros mismos, que privados de los negocios forenses y domésticos, si hubiésemos muerto antes, nos hubiéramos salvado con la muerte, de los males y no de los bienes?

Supongamos uno que no tenga mal alguno, que no haya recibido ningún revés de la fortuna: sea; v. gr., aquel Metelo tan honrado por sus cuatro hijos, ó aquel Príamo que tuvo cincuenta, de ellos diez y siete legítimos. En uno y otro tuvo la fortuna igual poder, pero en uno y otro usó de sus derechos. A Metelo le llevaron á la hoguera muchos, hijos, hijas, nietos, nietas; á Príamo, privado de su numerosa progenie, le inmoló una mano enemiga cuando se refugiaba ante las aras. Si éste hubiese muerto cuando sus

hijos vivían y su reino estaba incólume e n todo el esplendor de su bárbara opulencia, y cuando brillaban sus cincelados artesones, como dijo el poeta, ¿hubiera salido de los bienes ó de los males? Parece á primera vista que de los bienes. Pero es cierto que para él hubiera sido mejor que no se hubiera podido cantar tan tristemente: «Vi á Troya inflamada; vi á Príamo rendir la vida al hierro enemigo; vi el ara de Jove profanada con sangre.» Aun entonces no pudo acontecer cosa mejor que esta muerte violenta. Si hubiera muerto antes, habría evitado tales desgracias; pero muriendo perdió el sentido de los males.

Mejor fué la suerte de nuestro familiar mpeyo, cuando estuvo gravemente enfermo en Nápoles. Los Napolitanos coronados hacían sacrificios para obtener su salud, y los de Puzol rogativas en sus ciudades. Manifestaciones ciertamente pueriles y griegas, pero en suma honrosas para él. Si entonces hubiera muerto, ¿podríamos decir de él que había dejado en el mundo su felicidad ó su desdicha? Ciertamente su desdicha. No habría tenido que hacer la guerra á su suegro; no habría tenido que tomar las armas cuando no estaba preparado; no se hubiera visto obligado á abandonar su casa, ni á huir de Italia, ni perdido su ejército y despojado de todo, hubiera caído bajo el hierro y las manos de sus siervos, ni habría tenido que llorar la pérdida de sus hijos, ni habría dejado toda su fortuna en poder de los vencedores. De haber muerto entonces, hubiera muerto en el esplendor de su fortuna, y, por el contrario, con alargársele la vida, ¡cuántas y cuán increíbles calamidades tuvo que devorar! Todo esto se evita con la muerte; pues aunque no haya sucedido todo ello, puede suceder, siquiera los hombres lo tengan siempre por imposible ó por remoto. Cada cual espera para sí la fortuna de Metelo, como si fuesen más los afortunados que los infelices, ó como si hubiera algo seguro en las cosas humanas, ó como si el esperar fuese más prudente que el temer. Pero conceda-

cos que la muerte priva á los hombres de todos los bienes de la vida. ¿Por ventura es esto una infelicidad? Lo que no existe ya, ¿puede carecer de cosa alguna? Triste es la palabra misma *carecer*, porque lleva consigo esta afirmación: tuvo y ya no tiene; desea, busca, necesita. Estas son las incomodidades del que carece. La carencia de los ojos se llama ceguera, la carencia de los hijos se llama orfandad. Esto sólo puede aplicarse á los vivos: en cuanto á los muertos, no sólo carecen de los bienes de la vida, sino de la vida misma. ¿Quién dirá que los hombres son infelices porque carecen de cuernos ó de plumas? Ciertamente que no lo dirá nadie. El no tener lo que no sirve para nada ni es propio de la naturaleza, no es carecer aun cuando se sienta no tenerlo.

Todavía hemos de confirmar más y más este argumento, que es irrecusable para los que afirman que el alma es mortal. Quiero probar que si esto es así, de tal manera se extingue todo con la muerte, que no queda ni el menor vislumbre de sentido. Si esto es verdad innegable, sólo nos resta determinar qué quiere decir la palabra *carecer*, para que no quede ningún error en el vocablo. *Carecer*, significa estar privado de alguna cosa que quisiera uno tener. En el *carecer* interviene siempre voluntad. También se llama impropriamente *carecer* el no tener alguna cosa y sentir no tenerla, aunque fácilmente se tolere su ausencia. Nadie dice que carece de mal, ni nadie se lamenta de esto. Se dice sólo *carecer* del bien, y esto es un mal. Pero ni siquiera los vivos carecen del bien cuando no lo necesitan. Cuando se dice: carece del reino, no puede decirse con propiedad de tí: podía decirse de Tarquino cuando fué expulsado de su reino. A un muerto no puede aplicársele sin evidente absurdo. El *carecer* es propio del que siente: en un muerto no hay sentido; luego el *carecer* no es propio de un muerto. Pero ¿á qué conduce filosofar sobre esto cuando semejante verdad para nada requiere el

asenso de la filosofía? ¿Cuántas veces, no sólo nuestros capitanes, sino ejércitos enteros han corrido á una muerte no dudosa? Si hubiesen temido la muerte, ni Lucio Bruto habría perecido en la batalla para evitar la vuelta de aquel tirano á quien él mismo había desterrado, ni los tres Decios se hubiesen ofrecido al golpe de las armas enemigas, peleando el padre con los latinos, el hijo con los Etruscos, el nieto con Pirro; ni en una sola guerra se hubiera visto perecer por la patria en España á los dos Scipiones, en Cannas á Paulo y á Gémino, en Venusia á Marceló, en el Lacio á Alvino, en la Lucania á Graco.

¿Quién de éstos puede llamarse infeliz hoy? Ni entonces siquiera, después de haber exhalado el último aliento; porque nadie puede ser infeliz después de la pérdida de los sentidos. Me dirás que esto mismo es odioso, el carecer de sentido. Lo sería si esto pudiera llamarse carecer. Pero siendo cosa evidente que ningún accidente puede recaer en un sujeto que no existe, ¿qué puede haber de odioso en un sér que ni carece ni siente? Sólo nos detiene el miedo de la muerte; pero el que haya visto más claro que el sol que, después de consumida el alma y el cuerpo y destruído todo el animal, aquel sér que antes existió se ha convertido en nada, comprenderá sin duda que no hay diferencia alguna entre el Hippocentauro, que nunca existió, y el rey Agamenón, y que Marco Camilo no tiene hoy más cuidado de esta guerra civil que el que tendría yo de la conquista de Roma por los Galos en su tiempo. ¿Cómo había de cuidarse Camilo de lo que no había de suceder sino trescientos cincuenta años después de él, y por qué me he de lamentar yo de que cualquiera nación extraña se haya apoderado de nuestra ciudad? ¿Es tanto el amor de la patria, que no le midamos por nuestros sentidos, sino atendiendo sólo á su salvación?

Y así al sabio no le aterra nunca la muerte, la cual por la incertidumbre de los sucesos le amenaza siempre, y

por la brevedad de la vida nunca puede estar muy lejana, y no le aparta esta consideración de morir en todo tiempo por la república y por los suyos, y de mirar como cosa propia, á la posteridad que él no ha de conocer nunca. Por lo cual, aunque el alma sea mortal, tiende á lo eterno y se mueve no por codicia de la gloria que no ha de sentir, sino por amor á la virtud, á la cual necesariamente ha de seguir la gloria. La naturaleza ha dispuesto las cosas de tal modo, que así como el nacimiento es para nosotros el principio de todas las cosas, así la muerte es el término de todo; y así como nada nos pertenece antes del nacimiento, así nada nos pertenecerá después de la muerte. Y en esto ¿qué mal puede haber, cuando la muerte no dice relación ni á los vivos ni á los muertos? Los unos no son nada, á los otros nada les alcanza. El que la hace más leve la supone muy parecida al sueño, como si nadie consintiera en vivir noventa años, viviendo dormido después de los sesenta. Ni los cerdos consentirían en esto. Endimión, si hemos de creer á la fábula, no sé cuándo se quedó dormido en el monte Latmo de Caria, y todavía no se ha despertado. Y ¿crees tú que le importan los besos que le da la Luna en sueños después de haberle adormecido? ¿Cómo se ha de cuidar de esto si no siente nada? Tienes el sueño por una imagen de la muerte, y cada día te entregas á él. Y dudas que en la muerte no haya sentido alguno, siendo así que en su simulacro no le encuentras.

Abandonemos esas inepcias de viejas, como es el decir que la muerte antes de tiempo es una desgracia. ¿Qué tiempo es ese? ¿El de la naturaleza? La naturaleza te dió el usufructo de la vida como se da el del dinero, sin señalar día para el pago. ¿Por qué te quejas cuando te reclama lo que es suyo? Con esa condición lo habías recibido. Y esos mismos, si un niño pequeño muere, lo llevan con paciencia, y si está en la cuna, ni siquiera se lamentan de ello; y sin embargo, á éstos les exige la naturaleza con mucha más

crueidad el tributo que la deben. Dicen que aun no había gustado la suavidad de la vida. Y sin embargo, ya había empezado á gozar de ella. De todas las cosas se tiene por mejor alcanzar alguna parte que ninguna; ¿por qué no sucede así en la vida? No dice mal Calímaco, que muchas más veces lloró Príamo que Troilo. Se alaba sin razón la fortuna del que muere en edad avanzada. ¿Por qué? A ninguno le parecería muy agradable la vida si fuese más larga. Nada hay tan dulce para el hombre como la prudencia, y ésta la trae consigo la vejez, aunque quite otras cosas. Pero ¿qué edad puede llamarse larga? ¿ó qué cosa es larga para el hombre? ¿No alcanza la muerte en su rápida carrera á los niños y á los adolescentes, siguiéndolos por la espalda y acometiéndolos de súbito? Pero como después de este breve espacio nada más tenemos, la consideramos larga. Todo esto se llama largo ó breve según la parte que ha tocado á cada uno. Dice Aristóteles que en las orillas del río Hipanis, que desemboca en el Ponto, nacen ciertas bestezuelas que viven un solo día. Entre ellas, la que muere á las ocho horas es tenida por muy anciana; la que muere con el sol pasa por decrépita, y mucho más si alcanza un día completo. Compara tú la vida humana con la eternidad, y la encontrarás tan breve como la de aquellas bestezuelas.

Despreciemos todas estas ineptias (ya que cosas tan leves no merecen otro nombre), y hagamos consistir toda la fuerza del recto vivir en la fortaleza del alma, en el desprecio de las cosas humanas y en toda virtud. Pero ahora nos afeminamos con molestísimos pensamientos, de tal manera que si la muerte llega antes de haber alcanzado lo que nos promete el astrólogo caldeo, nos creemos despojados de algún bien muy grande y engañados y frustrados en nuestras esperanzas. Y si con estas esperanzas y deseos vivimos angustiados y atormentados, ¡oh dioses inmortales, cuán agradable debe ser aquel camino tras

del cual no resta ni cuidado ni solicitud alguna! ¡Cuánto me deleita Theramenes; cuánta fué la elevación de su ánimo! Pues aunque lloramos cuando leemos su muerte, no murió miserablemente aquel varón esclarecido, el cual, encerrado en la cárcel por decreto de los treinta tiranos, después de haber bebido el veneno, arrojó de la copa lo que quedaba, haciéndolo resonar contra el pavimento, y dijo al mismo tiempo, sonriéndose: «Ofrezco esta copa al hermoso Critias,» que había sido el más feroz con él. Es costumbre de los Griegos pronunciar en los convites el nombre de aquel á quien hacen pasar la copa. Todavía jugaba ingeniosamente con las palabras aquel varón egregio, próximo á dar el último aliento, cuando ya la muerte estaba apoderada de sus entrañas, y fatídicamente anunciaba á quien le dió el veneno, la muerte que muy en breve le alcanzó. ¿Quién alabaría esta magnanimidad en la muerte, si juzgásemos la muerte misma un mal? Va á la misma cárcel, y algunos años después acerca sus labios á la misma copa, Sócrates, condenado con igual iniquidad por sus jueces que Theramenes por los tiranos. ¿Qué discurso es el que pone en sus labios Platón, cuando, después de condenado á muerte, se dirige á sus jueces?

«Grandes esperanzas tengo, oh jueces, que ha de ser para mí un bien el caminar hacia la muerte. Necesario es que suceda una de dos cosas: ó que la muerte me quite todo sentido, ó que me traslade de este mundo á otro. Si el sentido se extingue y la muerte es semejante á un sueño placentero y sin visiones, ¡qué ventaja es morir! ¡Oh! ¡cuántos días se pueden contar que deban anteponerse á semejante noche, la cual ha de durar por toda una eternidad? ¿Quién más feliz que yo? Si es verdad lo que se dice, que la muerte es una emigración á los países que habitan los que salieron de esta vida, es mucha mayor felicidad para tí abandonar el tribunal de los que se llaman tus jueces y presentarte ante aquellos jueces verdaderos. Mi

nos, Radamanto, Eaco, Triptolemo, é ir á encontrar las almas de los que han vivido con justicia y buena fe. ¿Os parece poco agradable esta peregrinación? ¿Estimáis en poco el hablar con Orfeo, con Museo, con Homero, con Hesiodo? Cien veces quisiera morir, si fuera posible, por ver todas estas cosas. ¿Cuánto deleite sería para mí el ir á encontrar á Palamedes, á Ajax y á tantos otros inicua-mente sentenciados. Tentaría la prudencia del sumo rey que llevó numerosos ejércitos contra Troya, y la de Ulises, y la de Sísifo, y no me condenarían capitalmente, como aquí en la tierra ha sucedido. Ni vosotros, jueces que me absolvisteis, temeríais allí la muerte. A ningún bueno le puede suceder mal alguno, en vida ni en muerte, porque nunca le olvidan los dioses inmortales. Ni estas cosas han acontecido fortuitamente. No tengo razón alguna para estar enojado con los que me acusaron ni con los que me condenaron, aunque creyeron perderme.» Así dijo, pero todavía es mejor el fin de su razonamiento: «Ya es tiempo de que salgamos de aquí: yo, para morir; vosotros, para vivir. ¿Cuál de las dos cosas es la mejor? Los dioses inmortales lo saben, pero creo que todo hombre lo ignora.»

Ciertamente que yo estimaría mucho más el valor de estos hombres que la fortuna de todos aquellos que le sentenciaron. Y aunque Sócrates niega que nadie sepa cuál es el mejor, sino los dioses, la verdad es que él lo sabía; porque lo dijo antes; pero quiso conservar hasta el término de su vida aquella costumbre suya de no afirmar nada resueltamente. Tengamos nosotros por cosa establecida que no es mala ninguna de las condiciones que la naturaleza ha impuesto á toda vida humana, y entendamos que si la muerte es un mal, ha de tenerse por un mal eterno. Porque la muerte parece ser el fin de una vida miserable; pero si la muerte es una infelicidad, tiene que ser una infelicidad eterna. ¿Para qué he de recordar á Sócrates ó á Theramenes, varones excelentes en virtud y sa-

hiduria, cuando un Lacedemonio, cuyo nombre ni siquiera consta, despreció de tal manera la muerte, que cuando le llevaban á ella, por sentencia de los ephoros, iba con rostro alegre y contento, y diciéndole un enemigo suyo: «¿Desprecias las leyes de Licurgo?» él le respondió: «Al contrario, le agradezco mucho el haberme castigado con esta pena, que puedo sufrir sin alteración ni trastorno.» ¡Oh varón digno de Esparta! me parece que quien con tan grande ánimo iba al suplicio debía ser inocente.

Hombres semejantes los tuvo innumerables nuestra ciudad. Pero ¡para qué he de nombrar á los jefes y á los capitanes, cuando Catón escribió que las legiones iban muchas veces llenas de animosidad á un sitio de donde sabían que no habían de volver! Con igual valor murieron los Lacedemonios en las Termópilas, y en honor suyo cantó Simónides:

«Huésped, dí á Esparta que nos has visto caer aquí, obediendo las santas leyes de la patria.» Y ¿qué les dijo su capitán Leonidas? «Combatid con valor, oh Lacedemonios; quizás hoy iremos á cenar en los infiernos.» Fortísima fué esta gente mientras estuvieron en vigor las leyes de Licurgo. Gloriándose un Persa de que la multitud de las saetas de los suyos eran capaces de oscurecer el sol, le respondió un Espartano: «Entonces peharemos á la sombra.» Y no fueron sólo los hombres. Acuérdate de aquella Espartana que, habiendo enviado su hijo á la pelea y sabedora de que en ella había muerto, respondió: «Para eso le había engendrado, para que hubiese alguien que no dudara en morir por su patria.»

Me dirás que era fuerte y dura la raza espartana y que tenía gran fuerza la disciplina de aquella república. Pero qué, ¿no te admiras de Teodoro de Cirene, filósofo nada oscuro, á quien el rey Lysimaco amenazó con la cruz, y le respondió: «Puedes amenazar con ese suplicio á tus cortesanos, cubiertos de púrpura; en cuanto á Teodoro, nada

«Le importa pudrirse en la tierra ó en la horca». Esta observación me mueve á decir algo del entierro y de la sepultura, materia no difícil, en especial conocida la teoría que antes expuse sobre la falta de sentimiento después de la muerte.

Lo que Sócrates pensó sobre esto, bien claro aparece del *Fedón*, del cual ya hemos hablado antes. Después de haber discurrido sobre la inmortalidad del alma, y cuando ya se acercaba el tiempo de la muerte, le preguntó Critón de qué manera quería ser enterrado, y él respondió: «Amigos, he perdido en balde mi trabajo, puesto que no he podido persuadir á nuestro Critón que yo voy á salir de este mundo y que nada mío va á quedar aquí. Critón, si puedes conservar algo de mí, como tú crees, sepúltame. Pero créeme, ninguno de vosotros me seguirá cuando salga de aquí.» Admirable respuesta, porque consintió con la piedad de su amigo, y al mismo tiempo dió á entender que no se cuidaba de esto. Más duro anduvo Diógenes, como buen cínico, aunque en el fondo sentía lo mismo, cuando prohibió que se le enterrase. Dijéronle sus amigos: «¿Hemos de dejarte expuesto á las aves y á las fieras?—Nada de eso, respondió, poned cerca de mí un báculo para que las ahuyente.—Y ¿cómo has de poder ahuyentarlas, le preguntaron, si no tendrás sentido?—Y si no siento nada, respondió, ¿qué me importa que me devoren las fieras?» Mejor fué la respuesta de Anaxágoras, al cual, moribundo en Lampsaco, le preguntaron sus amigos si quería que llevasen su cuerpo á Clazomene, y él respondió: «No es necesario; desde cualquiera parte se puede viajar á las regiones infernales.» En suma, sobre la sepultura lo que debe pensarse es una cosa sola, á saber: que solamente el cuerpo puede ser enterrado, ora muera el alma con él, ora siga viviendo, porque es evidente que en el cuerpo, después de la separación del alma, no queda sentido alguno.

Pero el mundo está lleno de errores. Aquí es arrastró á

Héctor atado á su carro, pensando sin duda que Héctor sentía que destrozasen sus miembros. ¡Sin duda le parecía que con esto se vengaba! Y Andrómaca con tristísimas voces se lamentaba así: «Ví la cosa más horrenda de todas; ví á Héctor arrastrado por la cuadriga.» ¿Cómo había de ver á Héctor, ni dónde estaba entonces Héctor? Mejor lo dijo Accio, cuando puso en boca de Aquiles, que entonces á lo menos tuvo buen sentido: «Maté á Héctor y entregué su cuerpo á Príamo.» No arrastraste, pues, á Héctor, sino el cuerpo que había sido de Héctor. Mira á otro personaje trágico levantarse de la tierra y no dejar dormir á su madre con esta querella: «A tí invoco, oh madre, que con el sueño suspendes los cuidados. ¿Por qué no tienes piedad de mí? Levántate y sepulta á tu hijo.» Cuando estas palabras resuenan con aquel tono triste y lamentable que hace derramar lágrimas á los espectadores de un teatro, es difícil que los hombres no tengan por infelices á los que están enterrados. Y cuando prosigue diciendo: «Entiérrame antes que las fieras y las aves me devoren,» es muy singular que tema que sus miembros sean devorados, y no tenga reparo en que sean quemados. «¡Ay! las reliquias del Rey medio abrasadas, sus huesos descarnados, serán desparramados y confundidos feamente por la tierra.» No entiendo cómo este héroe de tragedia se lamenta tanto, cuando al mismo tiempo pronuncia tan elegantes septenarios al son de la flauta. Digamos, pues, que no hay cuidado alguno después de la muerte, aunque hay enemigos que ni á los muertos perdonan. En elocuentes versos execra el Tyestes de Ennio á Atreo, deseándole que perezca en un naufragio. Duro es esto, porque semejante muerte va siempre acompañada de grave dolor. Pero es cosa buena decir: «Él, suspendido de un escarpado peñasco, desgarradas sus entrañas, tiñendo las piedras con su negra sangre, y con los rotos pedazos de su carne.» No serían más insensibles aquellos peñascos que el hombre pendiente de ellos,

muerto ya, y cuyos tormentos se describen. Cuando no hay sentido, no cabe tormento alguno, por duro que sea. Y todavía es mayor vanidad el decir: «Ni tendrá sepulcro que sirva de puerto á su cuerpo, donde descansa de los males de la vida humana.» Mira cuán grande es este error. Imagina el poeta que el sepulcro es el puerto del cuerpo, y que en él descansa el que murió. Gran culpa es la de Pelops, que no instruyó á su hijo, ni le enseñó cuán poca cuenta había de hacer de todas estas vanidades. Pero ¿á qué he de referir opiniones singulares cuando tenemos á la vista los varios errores de cada nación?

Los Egipcios entierran á sus muertos y los guardan en su casa. Los Persas los rodean de cera para que duren más; los Magos no acostumbran á enterrar los cuerpos de los suyos si no han sido antes destrozados por las fieras. En Hyrcania, la plebe alimenta perros públicos: los grandes y nobles perros domésticos. Ya sabes que en aquellas tierras se da una de las mejores castas de perros. Y estos perros los crían, cada uno según sus facultades, para que después de la muerte los devoren, y creen que esta es la mejor sepultura. Otros muchos ejemplos recogió Crisipo, como curioso que era en todo género de historias. Pero algunos ejemplos son tan horribles que se resiste la palabra á referirlos.

Todo este cuidado de la sepultura debemos abandonarlo en cuanto á nosotros mismos, pero no en cuanto á los nuestros, partiendo siempre del principio de que los cuerpos muertos nada sienten de lo que sentían cuando vivos. Cuiden los vivos de lo que se debe á la costumbre y á la fama, pero de tal modo que entiendan que nada de esto toca ni dice relación á los muertos. Sólo se arrostra con valor la muerte cuando la vida, al caer, puede consolarse con su propia gloria. No se puede decir que vivió poco el que cumplió con el oficio de la virtud perfecta. Muchas ocasiones he tenido de morir; ¡ojalá hubiera podido sucumbir en

cualquiera de ellas! Nada tenía ya que ganar: cumplidos estaban todos los deberes de mi vida: la fortuna sólo podría traerme guerra. Si la razón no puede persuadirnos á que despreciemos la muerte, á lo menos que la vida bien vivida haga que juzguemos haber vivido bastante. Pues aunque falte el sentido, no carecen por eso los muertos del justo galardón de la gloria y de las alabanzas. Y aunque la gloria nada tenga de apetecible, sin embargo es como una sombra que sigue constantemente á la virtud. Con todo, más debemos elogiar el juicio de la multitud cuando alaba á los buenos, que llamarlos á éstos felices por tal alabanza.

Pero de cualquiera manera que lo entendamos, no puedo decir que Licurgo y Solón carecieran de la gloria de las leyes y de la disciplina pública, y Temístocles y Epaminondas de la gloria de las armas y de la virtud bélica. Antes Neptuno sepultará la misma Salamina que la memoria del trofeo salaminio se borre, y antes desaparecerá Leuctra del suelo de Beocia que la gloria de la batalla de Leuctra. Mucho más tardará la fama en abandonar á Curio, á Fabricio, á Calatino, á los dos Scipiones, á los dos Africanos, á Máximo, á Marcelo, á Paulo, á Catón, á Lelio y á otros innumerables. Todos los que sigan su ejemplo, guiándose no por la fama popular, sino por el verdadero criterio de lo justo, irán á la muerte, si es preciso, con fe, valor y constancia, y encontrarán en ella el sumo bien, ó no encontrarán mal alguno. Y en la cumbre de la mayor prosperidad querrán morir, porque nunca puede ser tan dulce la acumulación de los bienes, como triste y molesta su pérdida.

Esto parece que quiso significar aquella voz de un Lacedemonio, que cuando Diágoras de Rodas vió en un día á sus dos hijos vencedores en Olimpia, se acercó al anciano, y dándole la enhorabuena, le dijo: «Puedes morir, oh Diágoras, porque ya no has de subir al cielo.» Gran cosa

era este triunfo según la estimación de los Griegos, ó más bien según la que tenían entonces; y el que dijo esto á Diágoras, estimando por la mayor gloria del mundo haber visto salir de una sola casa tres triunfadores en los juegos olímpicos, tenia por cosa inútil el que se dilatase más su vida.

Creo haber respondido en pocas palabras á todo lo que me preguntabas. Ya me habías concedido que los muertos no estaban sujetos á mal alguno, pero he querido desarrollar esta verdad, porque es el mayor consuelo en la pérdida de una persona querida. Nuestro dolor y el que otros sufren por causa nuestra debemos tolerarle con resignación, para que no parezca que nos amamos demasiado á nosotros mismos. Horrible dolor nos atormentará, si creemos que aquellos seres de quienes estamos privados conservan algún sentido de los que el vulgo llama males. He querido arrancar de raíz esta opinión, y quizá me he dilatado excesivamente en ello.

OYENTE.—¿Largo tú? De ningún modo. La primera parte de tu discurso me infundía el deseo de la muerte. La segunda me obligaba unas veces á aceptarla, otras veces á no trabajar por ella. El resultado de todo el razonamiento es que no cuento la muerte en el número de los males.

MARCO.—¿Y no deseas el epilogo retórico, ó es que has olvidado enteramente este arte?

OYENTE.—Tú haces bien en no abandonar ese arte que has cultivado siempre y que ha sido tu gloria. Pero ¿qué epilogo es ese? Deseo oírlo, sea cual fuere.

MARCO.—Suelen citarse en las escuelas algunas sentencias de los dioses inmortales acerca de la muerte, y no todas fingidas, sino fundadas en la autoridad de Herodoto y de otros. Cuéntase primero la historia de Cleobis y Bitón, hijos de la sacerdotisa Argia. Es una fábula bien conocida. Iba la sacerdotisa en carro, según costumbre, á un solemne sacrificio en un templo bastante lejos de la ciudad:

detuviéronse las bestias que le conducían, y entonces los jóvenes que antes nombré, deponiendo sus vestiduras, ungiéron sus cuerpos con el óleo y se sujetaron al yugo. Y así la sacerdotisa, apenas llegó al templo en el carro tirado por sus hijos, rogó á la diosa que les diese por su piedad el premio mayor que pudiese dar á un hombre; y así, después que los adolescentes comieron con su madre, se entregaron al sueño, y por la mañana los encontró muertos. La misma plegaria hicieron Trophonio y Agamedes, los cuales, habiendo edificado un templo á Apolo Delfico, pidieron al dios les concediese una merced no pequeña por su trabajo, y no le pidieron ninguna merced determinada, sino la que más conviniese al hombre. Apolo les prometió que se la concedería á los tres días; y cuando el día tercero amaneció, los dos aparecieron muertos. Juicio fué de un dios, y de un dios tal, que los demás le conceden á él solo el poder de la adivinación.

También se cuenta cierta fábula de Sileno, el cual, sorprendido por el rey Midas, le concedió un gran favor para que le pusiese en libertad, y fué enseñar el rey que para el hombre lo mejor de todo sería no nacer, y caso de nacer, morir cuanto antes. Y en la misma opinión estaba Eurípides, puesto que nos dice en el *Cresphonte* que conviene en una casa festejar con llanto la venida de un hombre á la vida, si consideramos los infinitos males de ella; y que, por el contrario, al que se había librado con la muerte de tan áspero dolor, debían acompañarle sus amigos con festejos y alegrías.

Algo semejante se lee en la *Consolación* de Crantor, pues cuenta que un cierto Tereneo Elysio, lamentando mucho la muerte de su hijo, fué á un evocador de espíritus preguntándole cuál sería el remedio de su calamidad, y los espíritus le dieron por única respuesta estos tres versos escritos en una tabla:

«Vano es el pensamiento de los hombres. Euthynoo ha

alcanzado el don más precioso de los hados, la muerte Para él y para tí fué una gran dicha el morir.»

Con estas y otras autoridades se prueba que los dioses inmortales han sentenciado ya esta causa.

Alcidamas, retórico antiguo y muy ilustre, escribió también un panegírico de la muerte, enumerando todos los males humanos. Faltáronle las exquisitas razones que los filósofos dan, pero no le faltó abundancia en el discurso. Las gloriosas muertes por la patria no suelen ensalzarlas los retóricos como gloriosas, sino también como felices. Recuerdan el ejemplo de Erecteo, cuyas hijas se arrojaron á la muerte por la vida de sus conciudadanos; de Codro, que se lanzó en medio de sus enemigos, vestido con el traje de un siervo, para que no le pudieran conocer por sus vestiduras reales, porque el oráculo había dicho que si el Rey era muerto, los Atenienses serían vencedores. No omito á Meneceo, que oída la sentencia del oráculo ofreció á la patria su sangre. Ifigenia se ofreció al sacrificio en Aulide, por comprar con su propia sangre la de los enemigos.

Y llegando á ejemplos más cercanos, todo el mundo tiene en la boca los nombres de Harmodio y Aristogitón, de Leonidas el Lacedemonio y del Tebano Epaminondas. Y no recuerdan á los nuestros, á los cuales sería largo enumerar, porque son infinitos los que alcanzaron muerte envidiable y llena de gloria. Con ser esto así, todavía hay que emplear grande elocuencia y hablar como desde una cátedra, para que los hombres empiecen á desear la muerte, ó á lo menos á no temerla. Porque si el último día trasese, no la extinción, sino un cambio de lugar, ¿qué cosa habría más apetecible? Y si del todo destruye y aniquila, ¿qué cosa mejor puede haber que dormirse en medio de los trabajos de la vida, y sepultarse así en un sueño sempiterno? Si esto es así, mejor es el parecer de Ennio que el de Solón. Dijo nuestro Ennio: «Nadie acompañe mi funeral con lágrimas.» Y dijo aquel sabio ateniense: «No ca-

rezca mi muerte de lágrimas: dejemos á los amigos la tristeza para que celebren mis funerales con gemidos.»

Nosotros, pues, cuando los dioses nos ordenen salir de esta vida, démosles las gracias con entera alegría, y pensamos que vamos á salir de la cárcel y á romper nuestras cadenas, emigrando á una casa eterna, y que con todo rigor podemos llamar nuestra, donde careceremos de todo sentido y molestia. Y aunque los dioses no nos den ningún aviso ni prevención anterior, estemos siempre en la persuasión de que aquel día, horrible para otros, debe ser fausto y alegre para nosotros; y no contemos en el número de los males nada que proceda de los dioses ó de la naturaleza, madre común. Porque no hemos sido nacidos ni engendrados por la casualidad, sino que hay cierta fuerza que vela por el género humano, y que no le hubiera engendrado, ni alimentado, ni hecho sufrir tantos trabajos, para sepultarlo luego en los males sempiternos de la muerte. Considerémosla más bien como un puerto y refugio preparado para nosotros, y ¡ojalá que nos sea lícito llegar á él á velas llenas! Pero si nos aparta de allí la fuerza de los vientos, con todo eso será necesario llegar, aunque tarde. Y lo que es necesario para todos, ¿hemos de considerarlo desgraciado para uno solo?

Este es el epílogo, para que veas que nada hemos omitido ni olvidado.

OYENTE.—Ciertamente que este epílogo me ha dado más fortaleza.

MARCO.—Está muy bien, pero concedamos algo al descanso.

Mañana y todos los días que estemos en el Tusculano trataremos principalmente de las razones que pueden desterrar el dolor, el temor y el apetito, lo cual es el fruto saludable de toda la filosofía.
